

Dos intrusos en una función nocturna

Germaine Fox, exquisitamente maquillada como una gran dama del teatro, estaba sola en el escenario. Su vestido estilo imperio, en azul y blanco, no acusaba las más de cien representaciones que había soportado.

El telón estaba alzado. Contra lo habitual, el escenario iluminado tenía enfrente un patio de butacas desierto y oscuro y unos palcos despoblados.

La actriz ocupaba una regia butaca en la zona izquierda del espacio escénico. A su alrededor, muebles y decorados configuraban un salón cortesano. Pese a estar ella sentada, se advertía su porte elegante, sus agraciadas facciones, la esbeltez de su figura y el atractivo de sus largas manos. Sus brazos reposaban sin tensión y su cuello, aunque erguido,

sugería una gran flexibilidad. Era sabido que Germaine Fox se sometía a la disciplina de la danza.

Dos hombres se introdujeron furtivamente en uno de los palcos más alejados del proscenio. Al amparo de la oscuridad, contemplaron a la Fox con inquieta fascinación. Sobrecogidos, hasta creyeron percibir a distancia el suave movimiento de su busto al respirar. Ella no podía verlos y, sin embargo, los dos intrusos se ocultaban.

Las pesadas cortinas que cerraban el acceso al patio de butacas se entreabrieron para dar paso a un grupo de personas. Los ojos de Germaine Fox se dirigían hacia el fondo de la sala, pero no miraban a los recién llegados.

Los nocturnos visitantes avanzaron lentamente, con visible respeto, por el pasillo central y por los laterales. Luego se detuvieron, como para apreciar mejor todos los detalles del escenario, y continuaron andando de modo más rápido a favor del pronunciado declive de la sala.

Por entre los que habían acudido al teatro se movía torpemente un hombre desaliñado. Podía ser tomado por un acomodador que hubiese descuidado

su aspecto y su indumentaria. Ofrecía confusas explicaciones acerca de lo que podía verse en el escenario, pero sus comentarios apenas eran escuchados. No era aquella noche de propinas y programas de mano. Todo discurría por otros cauces.

Al llegar frente a las candilejas, los espectadores, quietos y callados, pudieron observar de cerca a la majestuosa actriz que los ignoraba desde las tablas. Parecía como si una misteriosa función fuese a comenzar sin darles tiempo a ocupar sus butacas.

Pero no hubo movimientos de luces ni de decorados. La Fox continuó inmutable y altiva en su lugar. Nadie quiso romper el indefinible encanto de la escena.

Pasados aquellos momentos en que los ánimos estuvieron suspendidos del aire, ocurrió algo contrario a las reglas del teatro. Dos de los visitantes subieron por una escalerilla lateral camuflada entre cortinajes e invadieron el escenario. Los demás esperaron abajo, atentos y expectantes.

Germaine Fox no reaccionó ante la insólita profanación del recinto privilegiado de la escena.

Quieta e impávida, dirigía la mirada al fondo, por encima de todos los que la contemplaban.

A instancias de los dos hombres que habían subido al escenario, un tercero, provisto de una cámara fotográfica, lo hizo también. Era el momento de la instantánea para la posteridad, la que guardaría recuerdo perdurable de aquel momento sin igual.

Tras hacer un ligero ademán hacia la Fox, como en demanda de un permiso que agradecía de antemano, el fotógrafo plantó su trípode a escasa distancia de ella.

La actriz no parpadeó ante el fogonazo de magnesio. Alguien pensó entonces, con negra ironía, que sus ojos estaban acostumbrados a la deslumbrante iluminación de los escenarios.

Cuando uno de los hombres se acercó más a su butaca, el cuerpo de Germaine Fox se movió de pronto. Fue un cambio de postura limpio y rápido, sin vacilaciones. Quedó inclinada hacia la izquierda. Su mirada apuntaba ahora a lo alto, a los telares. La nueva colocación de la cabeza dejaba al descubierto su blanca y grácil garganta y, en ella, la

marca sombría que indicaba que había sido estrangulada.

Eran casi las cuatro de la madrugada del 2 de junio de 1899. La última función de la temporada había concluido a las once menos cuarto.

Charles Herbau, el subprefecto de policía, rompió abruptamente el silencio junto al cuerpo inanimado:

—¡Ni hecho a propósito para alimentar el sensacionalismo y el escándalo: asesinato de una actriz en un teatro! No quiero que se sepa de esto ni una palabra, ¿entendido?

Nadie respondió, pero otros dos policías subieron al escenario. Las restantes personas permanecieron abajo. Una mujer joven sollozaba. El individuo de aspecto desastrado se dejó caer en una butaca.

Con el fin de no ser vistos, los dos hombres que atisbaban desde un palco continuaban agachados. Celebraban un sigiloso conciliábulo:

—La persona que buscamos debe de estar mezclada con los miembros de la policía. Sería

conveniente que nos fijáramos en las caras de todos ellos.

—Es muy difícil, los tenemos a casi todos de espaldas.

—Tratemos de adivinar quién puede ser. Si no me dejo a nadie, hay once personas: ocho hombres y tres mujeres.

—Hay que descartar al que ha hablado. Es el subprefecto.

—El fotógrafo tampoco cuenta.

—A menos que se trate de un disfraz.

—No creo que lo hayan camuflado tanto.

Un rostro asomó entre los cortinajes que había a sus espaldas. Los dos hombres se sobresaltaron.

—Lombard, casi nos ha asustado.

El aludido, con voz susurrante, anunció:

—El juez y el forense van a llegar de un momento a otro. De ningún modo deben verlos aquí. Y no digamos el subprefecto: si se da cuenta, se acabó mi buena estrella. No se dejen ver por nada del mundo. En cuanto entren las dos autoridades que faltan, ustedes se van y, recuerden, pase lo que pase, nunca habrán estado aquí.

—De acuerdo —convino uno de los agazapados—. Pero, aclárenos de una vez, la persona que nos interesa, ¿se encuentra ahora en el teatro?

—No puedo asegurarlo. Hay mucha gente y no solo de la policía. Están el administrador del teatro y varios miembros de la compañía. No los conozco a todos —añadió, evasivo, para acabar apresuradamente diciendo—: en cuanto tengan ustedes vía libre vendré a avisarles.

Tras la desaparición de Gaston Lombard, los dos intrusos continuaron como estaban, quietos y agachados. No podían ver nada, pero oían lo que se hablaba en las proximidades del escenario. La acústica de la sala era perfecta:

—Estoy segura, la vi cambiarse —aseguraba entre sollozos una voz joven de mujer—. Iba con retraso, como casi siempre; solía ser la última en marcharse. Pero cuando me despedí de ella, ya llevaba la ropa de calle.

—¿Por qué se pondría Germaine Fox otra vez el vestuario de escena? —se le oyó preguntar al subprefecto.

—No puedo imaginarlo.

—Con esa indumentaria de época no podía salir a la calle. ¿Esperaba a alguien?

—Si era así, no lo dio a entender.

—Según parece, se volvió a vestir para la escena tras haberse puesto su ropa normal. ¿Tal vez para hacer un ensayo a solas?

—No me cabe en la cabeza. Es fin de temporada, ¿para qué iba a ensayar? No, imposible.

—Pues alguien entró y la encontró caracterizada para una función privada, y ese alguien la mató. Bien, señorita, gracias. Espere con los demás. A ver, ese hombre, el vigilante, ¿puede tenerse en pie?

—Sí, señor subprefecto, aquí estoy —repuso el hombre de aspecto desastrado, levantándose en el acto de la butaca donde se había dejado caer.

—Venga acá. ¡Deprisa! Ahí está bien. No se me acerque más, su aliento apesta a vino. ¿A quién vio entrar?

—A nadie. Lo juro, excelencia.

—¡No me extraña! En su estado, no habría visto entrar ni a un regimiento.

—Pensé que no quedaba nadie dentro. Todo estaba oscuro y tranquilo. Sí, bebí. No suelo hacerlo,

pero era una noche especial. A mi manera, celebraba la última función de la temporada. No tengo nada que ver en lo que ha pasado, lo juro, excelencia.

Con ostensible menosprecio, el subprefecto afirmó:

—Su testimonio no nos sirve de nada. Es como si este tipo no hubiese estado aquí esta noche. El asesino ha podido entrar y salir a sus anchas y, encima, sin riesgo de ser reconocido. ¡Más no podía pedir!

Cada vez más asustado, el guarda nocturno arguyó:

—¿Cómo podía yo saber, excelencia, que algo tan... tan terrible iba a ocurrir en una noche tan... tan...?

—Aléjenlo de mí —ordenó el subprefecto—. Su aliento acabará por producirme arcadas.

Dos nuevos hombres, vestidos con severidad, hicieron su entrada en el patio de butacas. El subprefecto, como un actor que se dispusiera a declamar un monólogo, avanzó hacia el proscenio y, dirigiéndose a los que acababan de entrar, dijo:

—Señores, parece que atravesamos una mala racha: otro asesinato de titular a toda plana. Y con víctima famosa, para acabar de arreglarlo: Germaine Fox.

Los recién llegados subieron enseguida al escenario. Uno de ellos, con la frialdad profesional de quien asiste a algo que solo en parte es de su incumbencia, ironizó:

—¿No es deseo de todo actor que la muerte le sorprenda en escena?

—Puede que sí, señor forense —replicó el subprefecto—. Pero no de esta manera. No ha habido ovaciones tras su muerte. La sala estaba vacía. A lo que parece, su único acompañante era el asesino.

Moviéndose como una sombra, Gaston Lombard apareció de nuevo en el palco donde los dos intrusos se agazapaban y les susurró de modo apremiante:

—Ahora. La salida está despejada. Hay un hombre de guardia, pero es amigo. No dirá nada. Señores, por favor...

Los dos aludidos salieron cautelosamente de su escondrijo y, precedidos por su acompañante,

avanzaron por el oscuro pasillo de los palcos de preferencia. Uno de ellos preguntó en voz baja:

—¿Ha podido averiguar por fin si la persona que nos interesa se encuentra en la sala?

—Necesitaré más tiempo para identificarlos a todos. Tengo que ir con mucho cuidado.

Atravesaron el vestíbulo desierto y pasaron ante un policía uniformado que fingió no verlos. Una vez en la calle, Lombard dijo:

—Las diligencias preliminares aún llevarán lo suyo. Aprovecharé mientras tanto para husmear, pierdan cuidado.

—Estaremos toda la noche donde ya sabe. Si descubre cualquier cosa, no deje de venir. Todo esto nos tiene sobre ascuas.

—Cuenta conmigo, señor barón. Acudiré a informarles, aunque raye el alba.

—Gracias, sabremos recompensarlo.

Lombard permaneció un rato observando mientras los dos hombres se alejaban calle abajo. Una vez tuvo la certeza de que no iban a volver sobre sus pasos, entró de nuevo al teatro.

En el escenario, el forense le estaba cerrando los párpados a Germaine Fox.

Los ojos de la trágica protagonista de la noche dejaron de mirar de modo ausente la alta oscuridad de los telares. La triste última función había terminado.

Tampoco esta vez sonaron los aplausos.